

ANTONIO MACHADO: UNA METAFISICA POETICA

*Quien habla solo espera
hablar a Dios un día*

A.M.

Dentro de la llamada generación del '98, fueron Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez los poetas líricos por excelencia. Si extendemos las lindes de esta generación y la imbricamos dentro del modernismo hispanoamericano, comprendiendo a éste como una época y, sobre todo, como un gran movimiento de pensamiento y creación, expresión de una propuesta de modernidad típicamente ibero-americana, entonces, junto a Darío, Martí, Silva, Casal, Nájera, Herrera y Reissig..., estarían Unamuno, Machado y J.R. Jiménez como sus poetas arquetípicos. Pero fue en Martí y en Unamuno donde el pensamiento de esa *otra* modernidad encontró, en un inicio, a sus más originales exponentes. Sin embargo, tanto Machado como Juan Ramón desarrollaron toda una estética, una metapoesía, un pensamiento poético. Es mi interés en esta conferencia¹ aproximarme al sentido de la poesía y del pensar poético de Antonio Machado para siquiera tratar de barruntar lo que de *vivo*, perdurable, tienen casi un siglo después.

Ya María Zambrano calificó a Machado como un "pensador": el hombre habitado por un "pensamiento único"². Lo mismo podría afirmarse de todo gran poeta, en tanto éste no puede sino expresar una visión o una cosmovisión única, irrepetible, que, más allá de las formas —contexto literario epocal, tradición, vertientes poéticas, marca estilística, etc.— a que se apege o incluso cree, determinará su aporte original, único, intransferible.

Más allá, pues, de la evolución —los cambios— que pudo experimentar su poética, me interesa en Machado aquella corriente de pensamiento que atravesando toda su obra, más allá o más acá de diferentes modalidades expresivas, llega hasta nosotros como ése su "pensamiento único" y, por tanto, intemporal —y en este sentido contemporáneo—: como ese

pensamiento poético que no puede sino ser expresión de un *perenne nacimiento*.

A través de uno de sus heterónimos, apócrifos o complementarios, Juan de Mairena, expresa Machado:

Todo poeta supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya implícita —claro está nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al poeta del mero señorito que compone versos.³

Eso lo hizo Machado mediante sus complementarios Abel Martín y, sobre todo, Juan de Mairena. María Zambrano va más lejos, y halla en Machado una "singular teología".⁴

No es imposible, sin embargo, reconocer en Martí, Unamuno, Juan Ramón, Vallejo, Lezama, un pensamiento que puede soportar, sin agotarlo, las calificaciones de poeta-filósofo o, incluso, de poeta-teólogo. Si acaso uno de los científicos más preclaros de nuestros días, Stephen Hawking, no puede dejar de recurrir a Dios en sus exposiciones sobre una teoría del universo, lo mismo le sucede a estos poetas por encima incluso de sus personales creencias o convicciones religiosas. No en balde, en un nivel de máxima generalidad, tanto el poeta como el científico y el filósofo terminan por coincidir en la expresión de una visión del cosmos, diversa en sus formas de manifestarse, pero común en sus respectivas apetencias por aprehender y entregar un saber unitivo.

4

Cabe al pensamiento poético, acaso por ser un tipo de pensar en cierto modo marginal y marginado por la Teología, la Filosofía y la Ciencia, adueñarse creadoramente de los contenidos de estas disciplinas y expresarlos desde su propia naturaleza para destilar lo que podría considerarse como la tentativa de

conformar una sabiduría, un saber integral, que es siempre, a diferencia de los otros intentos sistemáticos, un saber relativo —escéptico y amoroso a la vez—, en fin, inacabable. Dice Machado, precisamente a partir de la conciencia de su otredad como poeta: *Así voy yo, borracho melancólico, / guitarrista lunático, poeta, / y pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla.*⁵ Lo mismo expresa de esta manera:

Ésa tu filosofía
que llamas diletantesca,
voltaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.
Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva,
poesía, cosa cordial.
¿Constructora?
—No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento—.
Bogadora,
marinera.
hacia el mar sin ribera.

Conciencia fragmentaria, otra, inacabable, como que es fruto de un perenne nacimiento, de una profesión de fe, de un acto de amor, apegada a sus “creencias últimas” —para diferenciarlas de las “ideas” o “conceptos”. Conciencia de alteridad, diversa, heterogénea, como la Vida; sumida, como le gustaba citar a A.M., con frase de Santa Teresa: “a en las mismas vivas aguas de la vida”. Conciencia irónica, escéptica, lúdica, que se expresa a veces como jugando:

—¿Más el arte?
—Es puro juego
que es igual a pura vida
que es igual a puro fuego.
Veréis el ascua encendida.

5

Por eso Machado se consideraba, apenas, un “aprendiz de gay-saber”, de un saber jovial, acaso a la sombra de su admirado Nietzsche. Dice: el “buen Nietzsche, el sutil y profundamente psicólogo, que tanto pugnó por acercarse de nuevo al pensar filosófico a las mismas vivas aguas de la vida”. Fue su filósofo más admirado, después de Unamuno. De él tomó tal vez el gusto por la expresión de su pensamiento en forma fragmentaria, asistemática, discontinua.

6

De ahí que, a contrapelo del saber homogéneo que trata de ofrecer la Filosofía, con su furiosa búsqueda de la identidad —lo que María Zambrano nombraba como la “castidad” de la Filosofía, esto es, la *abstracción* de la Vida, de la *existencia*—, Machado reclame una “metafísica para poetas”, y aventure que “los grandes poetas son metafísicos fracasados”. En su búsqueda de un pensamiento desde la poesía, intentaba la fusión entre poesía y filosofía: “un poeta a lo Paul Valéry y un filósofo a lo Martin Heidegger”, esto es, una poesía “en que la pasión no quita conocimiento y el pensar ahonda el sentir. O viceversa”. De ahí que, frente a la duda metódica, la duda filosófica, opte por la “duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte”. Y desconfía de una “poesía del intelecto”, y aunque reconoce que “tampoco hay poe-

sía sin ideas, sin visiones de lo esencial”, las *ideas* del poeta son, dice, “directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, *temporales*...”. Se conoce que Machado simpatizó con el vitalismo nietzscheano y, dentro de ese linaje, conoció la ascendencia del pensar vitalista y existencial de Unamuno, Scheler, Bergson y Heidegger. Pero su visión específica, como parte, es la de la *temporalidad*.

6

Eso es lo privativo de su “punto de mira”: la *temporalidad propia del pensar y sentir poético*: “Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, *heterogeneizante*; incluso, dice, si ello fuera posible, “nuestra lógica pasaría a ser la lógica del sentido común”. Por eso confesaba que “no hago más que folklore, autofolklore o folklore de mí mismo”, pero eso sí, un *folklore vivo*, propio de una sabiduría natural, temporalísima, afinada en esa “espontaneidad pensante”, en “el folklore metafísico de nuestra tierra, especialmente el de la región castellana y andaluza”. En este sentido, vale recordar a esos “exégetas andaluces” que reclamara Rubén Darío, o los “filósofos andaluces” que añoraba María Zambrano; esta última, con quien guarda Machado tantas afinidades esenciales.⁶ Al vislumbrar acaso la imposible unión entre poesía y filosofía, expresa el poeta de *Campos de Castilla*: “Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos superlativos eleáticos”.

7

Ante el principio de la identidad filosófico, esgrime Machado “su metafísica de andar por casa”,

el poema inevitable de sus creencias últimas, todo él de raíces y asombros. El ser poético no le plantea problema alguno; él se revela o se vela; pero allí donde aparece, es.

Se conoce que Machado prefería —siguiendo la distinción de Ortega— las *creencias* a las *ideas*, toda vez que veía a las creencias —como María Zambrano cuando nos habla de las “apetencias y resistencias últimas” que residen en lo más hondo de cada persona, en su zona última, sagrada, la que detenta un saber ancestral, originario, heterogéneo...—; repito, toda vez que veía a las creencias como algo irreductible a la Razón. Esto es, las creencias encarnarían en sabiduría no separada de la Vida, que en Machado se expresa a través de una “forma de conciencia religiosa de sentido amoroso”. Como otro pensador cubano, muy afín a Machado, Medardo Vitier, expone el poeta sus “credos”, más que sus “ideas”; credos personales, “creencias últimas”, propias de todo hombre, de ese “hombre interior” que añoraba San Pablo...; creencias que emanarían del conocimiento de sí mismo; creencias, pues, irreductibles a toda “idea”, esto es, a la misma Razón. Por eso, como poeta, *Cree en presencias y ausencias*, no copias, traducciones ni representaciones, que es lo propio de las abstracciones, de las ideas, de los conceptos... *Presencias y ausencias*: realidades carnales, tangibles y, a la vez, absolutas, trascendentes; realidades que no se pueden definir. “Lo poético, en el poeta mismo —expresa Machado—, no es la sal, sino el oro que, según se dice, también contiene el agua del mar”. Presencias y ausencias: lo conocido y lo desconocido, lo visible y lo invisible. De ahí la incuestionable realidad del misterio machadiano, y la incuestionable capacidad cognoscitiva de

su pensamiento poético. Por eso su confianza en que “la poesía, aun la más amarga y negativa, [es] siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, *porque el poeta cree siempre en lo que ve*”: presencias y ausencias. El poeta, pues, afirma o niega, pero, expresa Machado, “a mi juicio, es poeta también y sobre todo el que pregunta”. No busca respuesta o, al menos, no le son indispensables, porque no pretende *definir*, sino *mostrar* al ser no separado de su existencia. Por eso afirma que “el escepticismo de los poetas suele ser el más hondo y el más difícil de refutar, por ser más vital que lógico”, o que

El escepticismo es una posición vital, no lógica, que ni afirma ni niega, se limita a preguntar, y no se asusta de las contradicciones.

No obstante, persiste su confianza en que “El ser poético [...] se revela o se vela; pero allí donde aparece, es”.

8

Es imprescindible insistir en la cualidad escéptica de su pensamiento, tan defendida siempre por él. De su complementario Mairena, dice: “un poco poeta y un poco escéptico”; y reparamos en esta tremenda confesión suya:

La inseguridad, la incertidumbre, la desconfianza, son acaso nuestras únicas verdades [...] La inseguridad es nuestra madre; nuestra musa es la desconfianza.

Juicio que —además de ser un ejemplo de la psicología social, del escepticismo, de la generación del '98— aclara el sentido profundo de la *temporalidad* poética, ésa que le hizo escribir de la poesía, “siempre viva” y “fugitiva”: *¿Constructora? /—No hay cimiento / ni en el agua ni en el viento; o cuando la ve perdida. “Entre caminos que no conduce a ninguna parte”*. La consecuencia de Machado con los límites que reconoce en el pensar poético es pasmosa. Su apetencia por un conocimiento *otro*, contrario al conocimiento propio de la Razón, lo conducen a un escepticismo poético —tal es su “duda poética”—, que sin embargo no es un escepticismo nihilista, negador, sino, en última instancia, creador, amoroso, aunque irónico, paradójico, lúdico, incluso amargo; “vías”, no para negar simplemente las ideas, sino para encontrar su *reverso*, esto es, su substrato profundo, su origen vivo y eterno, temporal e impercedero. Un escepticismo poético, fiel a la temporalidad —al *fugit irreparabile tempus* virgiliano—, a la existencia de esas “directas intuiciones del ser que deviene”, esto es, del ser que siempre es heterogéneo, del ser que es *uno* y es *otro*.

9

Accedemos así al tuétano del pensar poético machadiano, razón última de su escepticismo, lo que él llamara, insuperablemente, “la incurable otredad que padece lo uno”, o “la gran nostalgia de lo Otro que padece lo Uno”. A partir de su heterónimo y “maestro”, Abel Martín, expone a menudo, a través de su discípulo apócrifo, Juan de Mairena, su credo esencial. Veámoslo en sus dos extremos: “El hombre quiere ser otro. He aquí lo específicamente humano”, y asimismo ve a Dios como “la alteridad trascendente”, “El velado creador de nuestra nada” —porque, se debe apuntar enseguida, Machado, fiel a sus presencias y ausencias, cree en el Ser tanto como en la Nada, ausencia del ser tan plena como su presencia. Según Abel Martín, autor del libro también apócrifo, *De la esencial heterogeneidad del ser*, “Lo que es, es lo uno y lo

otro”, río heracliteano en que se baña todo el pensar poético de Machado. Por eso su duda o escepticismo le aconsejan, sobre todo, *dudar* de sí mismo, *reírse* de sí mismo —sentido de un saber poético, jovial; y es lo que lo lleva a reconocer dentro de sí a “más de un poeta”, porque si el poeta deviene en el tiempo, es también uno y otro, heterogéneo. Pero esa cualidad la extiende a toda la realidad: “Vivimos en un mundo esencialmente apócrifo”. El pensamiento poético, para Machado, es, pues, “esencialmente heterogeneizador” —en contraposición al filosófico, que es “homogeneizador”, pero, acota enseñada, pensamiento poético que, no obstante, “quiere ser creador”, “en contacto con lo *otro*, real o aparente”. “*De lo uno a lo otro* es el gran tema de la metafísica”, afirma Machado. Metafísica poética, creadora, afirmativa, de presencias y ausencia, porque “el escepticismo [...] lejos de ser, como muchos creen, un afán de negarlo todo, es, por el contrario, el único medio de defender algunas cosas”. El escepticismo, es decir, su escepticismo poético, creador, lúdico, es el “método” o el “soporte metafísico” que, afincado en las “creencias últimas”, válida al conocimiento poético, conocimiento de presencias y ausencias, que pregunta más que responde, que pregunta o da testimonio: *ve* —“Lo poético es ver”, expresa—, más que afirma o niega o define o problematiza algo.

10

Pero entonces toda la realidad para el poeta, ahíta de presencias y ausencias —ya sea el hombre con sus creencias, sus sueños, ya sea una fuente, el agua, el paisaje, y de ahí la comunión cósmica, planetaria, del hombre y la naturaleza, propia de su cosmovisión poética— estará sumida en y colmada por *el devenir de lo uno a lo otro*. De ahí la angustia del tiempo que padece el poeta. De la poesía sea “palabra en el tiempo”, “verso temporal”. Dice:

La poesía es [...] el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo.

O como diría Fina García Marruz: “Lo eterno en lo fugaz”. Por eso sus frecuentes paradojas poéticas: “Se canta lo que se pierde”... Y su peculiar concepción del tiempo, para Machado afirmada como nunca antes en el siglo XIX y característica de nuestra contemporaneidad. Su concepción de la temporalidad, cercana a ese “tiempo reminiscente” que preconiza Cintio Vitier en su *Poética*⁸, donde el pasado, el presente y el futuro confluyen simultáneamente en la visión poética, a la vez temporal y atemporal, establece una relación entre el recuerdo, la percepción y el vaticinio, esto es, entre la memoria y la profecía, ambas creadoras: memoria y profecía tanto del pasado como del futuro. Por eso en su poesía el acto de *soñar* se confunde con el de *vivir* tanto el pasado, el presente como el futuro: profecía del pasado, memoria del futuro. O una única memoria poética, creadora, afincada lo mismo en lo que es como en lo que no es. Por eso Machado habla tanto de la utopía del futuro como de la utopía del pasado. Y cree en “la perfectibilidad del pasado” y en el *olvido* como “una potencia activa, creadora”, *creencias* que ofrece como *consejos* al poeta. Cree, en suma, en la “cualidad indefinible” —esto es, poética— del pasado y del futuro.

11

Será esta una vía importante para acceder a una comprensión más profunda de la poesía machadiana, traspasada toda por esa metafísica temporal o, también, existencial. Vale citar ahora

in extenso un párrafo que puso como *exergo* María Zambrano a su primera edición de *Filosofía y poesía* (1939), tomado del ensayo de Louis Massignon, “Los métodos de realización artística en el Islam”, y publicado en la *Revista de Occidente*, en 1934 —y que acaso pudo leer Machado:

Un teólogo musulmán, Hallach, pasaba un día con sus discípulos por una de las calles de Bagdad y le sorprendió el sonido de una flauta exquisita. “¿Qué es eso?”, le preguntó uno de sus discípulos y él responde: “Es la voz de Satán que llora sobre el mundo. Satán llora por las cosas que pasan; quiere reanimarlas, mientras caen y sólo Dios permanece. Satán ha sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan y por eso llora”.

Esta es, alegóricamente y simbólicamente, la percepción más exacta posible —esto es, imposible de definir, como preconizaba nuestro Félix Varela— de la angustia poética. Recordemos, de pasada, que Lezama la utilizó en su ensayo sobre el poeta cubano Juan Clemente Zenea,¹⁰ cuando alude al sonido de la flauta del Maligno que escuchaba Zenea en su infancia. “Se canta lo que se pierde”, dice Machado. El ser trasvasándose incesantemente de lo uno a lo otro, y ofreciendo ese testimonio como su única sabiduría, como un verdadero tesoro.



12

No voy a intentar aquí un repaso de la poesía de Machado, ya lo suficientemente atendida por una vastísima crítica. Ni a señalar calidades —que sólo las defiende el tiempo—, sino a atender a algunas de sus *intuiciones* poéticas, que son siempre en Machado razones del *corazón*, que prefiere antes que las de la *cabeza*, según su propio decir, aunque sin desdeñar a éstas. Poesía, pues, como intuición, o lo que es lo mismo, como *visión* de “las ideas cordiales, los universales del sentimiento”, como expresión de “una honda palpitación del espíritu”, para lo cual se sumerge en las “mesmas vivas aguas de la vida” —de ahí que opusiera siempre lo espontáneo, lo naciente, lo genésico de la poesía, a las abstracciones de la crítica filosófica. Porque, en última instancia, cree en la poesía como un perenne nacimiento. Dice: “Sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado, y la fuente homérica volverá a fluir”. Lo cual es su creencia, su profesión de fe, su credo estético fundamental, que tanto parece coincidir con aquel verso de Cavafis: *Variando siempre las antiguas palabras*, o con aquella copla suya: *Bueno es recordar / las palabras viejas / que han de volver a soñar*—lo que explica, por demás, parte de su estética de la escritura: su afán por la transparencia en el lenguaje, por su sencillez, por su *sentido*; su apego al *habla* por encima de la escritura, o su afán por llevar el habla viva a la escritura; habla poética, pues, que puede ser clara u oscura, en tanto sea fiel a su visión de la realidad, tanto visible como invisible. Es por eso que la destilación y concentración estilística y cosmovisiva machadianas lograron esos poemas claros y a la vez luminosos, esencialmente simbólicos; esas sentencias poéticas, que tanto admirara Lezama en Machado,¹¹ siempre traspasadas por un aura misteriosa, y que responden a su credo en verso: *Da doble luz a tu verso, / para leído de frente / y al sesgo*.

13

Esa creencia de Machado en el posible vislumbre por la poesía de “Lo eterno en lo fugaz”, lo llevan a la noción de Dios como realidad divina, como *Otro*, como “alteridad trascendente”, pero también como *Uno*: “Dios revelado o desvelado en el corazón del hombre”. Uno y Otro a la vez. La identidad, el yo, el ser absoluto trasvasados por la diversidad, el tú, la existencia relativa, y viceversa. Lo Uno en su poesía es esa “lira inmensa”, “todo desdén y armonía”, cerca y lejos a la vez. De ahí que el poeta pueda ver, dice, en el *profundo / espejo de mis sueños, / que una verdad divina temblando está de miedo, y que Sólo el poeta puede / mirar lo que está lejos / dentro del alma...*, en “la honda cripta del alma”, dice también, o *En esas galerías / sin fondo, del recuerdo, o con el alma / atenta al hondo cielo*. Pero el sueño o la visión poética, para Machado, es un sueño despierto, vigilante, propio de ese vidente que es el *hombre despierto*, el poeta que puede ver, leer en el mundo de la *fysis*, en las apariencias, trasvasadas a su interior, “una nota de la lira inmensa”, y entonces, añade, conmovedoramente: *y la ola humilde a nuestros labios vino / de unas pocas palabras verdaderas*, acaso porque aun cuando, como al Quijote, “amor nublóle el juicio; su corazón veía”. Comparemos dos composiciones de Machado, aquella donde opera su escepticismo ante la Razón: *Confiemos / en que no será verdad / nada de lo que sabemos*, y aquella otra donde se desborda su verdadera profesión de fe poética: *¡Oh fe del meditabundo! / ¡Oh fe después del pensar! / Sólo si viene un corazón al mundo / rebosa el vaso humano y se hincha el mar*.

Por un lado operan sus creencias, sus profesiones de fe, por otro padece la angustia insondable del irreparable paso del tiempo, ésa que lo lleva a la meditación suprema ante la muerte, o ante la nada... Si por un lado su *corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida / otro milagro de la primavera*, si es capaz de escribir.

*Y he de hacerte mi Dios, cual tú me hiciste,
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!*

o

*creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza,
y en el Dios que se lleva y que se hace.*

(y sentimos aquí un acento inconfundiblemente unamuniano), por otro lado son innumerables sus visiones, sus testimonios de la caducidad, del irreparable, fugitivo paso del tiempo, que el poeta constata ahíto de angustia y melancolía: *Y hoy miro a las galerías / del recuerdo, para hacer / aleluya de elegías / desconsoladas de ayer*. El poeta, mediante su percepción simbólica y anagógica de la realidad, pretende captar el fluir incesante del tiempo y, a la vez, lo intemporal. Por eso, es capaz de ver, por un instante, confundidas, ambas instancias:

*Han cegado mis ojos las cenizas
del fuego heracliteano
El mundo es, un momento,
transparente, vacío, ciego, alado.*

15

Es esa simultaneidad simbólica y anagógica que el poeta percibe tanto en la realidad exterior como interior, la que lo lleva a preconizar su creencia en la dialéctica metafísica de lo Uno y lo Otro. Por eso expresa sintéticamente: *un corazón solitario / no es un corazón*. Son innumerables sus referencias poéticas a lo mismo: *Mas busca en tu espejo al otro, / al otro que va contigo, o Busca tu complementario, / que marcha siempre contigo, / y suele ser tu contrario, o No es el yo fundamental / eso que busca el poeta, / sino el tú esencial* —ese tú bécqueriano—, o *Enseña el Cristo: a tu prójimo / amarás como a ti mismo, / mas nunca olvides que es otro, o Dijo otra verdad: / busca el tú que nunca es tuyo / ni puede serlo jamás* —por donde ya se abre un abismo en la angustiosa percepción de lo otro y lo uno.

16

Pero donde creo que esa dialéctica o metafísica poética machadiana alcanza su punto más alto de plenitud —tanto de angustia como de esperanza— es en las composiciones que me atrevo a llamar arquetípicas de su poesía: aquellas donde se expresa *el misterio de la avidez de la mirada*: verdadero Eros machadiano: *El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve, o Y en la cosa nunca vista / de tus ojos me he buscado / en el ver con que me miras*. A partir de estos credos poéticos, el poeta se acerca a su misterio y paradoja mayores: el misterio de la imagen en el espejo —que es el misterio de la percepción poética—: mito de Narciso, tan asediado por tantos poetas: el sueño o el ensueño del poeta mi-

rando-sé en el espejo del agua de la fuente —agua que brota de un manantial originario, profundo, oculto, desconocido. Su afán de anegarse en “las mismas vivas aguas de la vida”, lo inclina a ver no su imagen duplicada en el agua o el espejo —imagen idolátrica— sino lo otro, lo desconocido, pero que acaso guarda el secreto de su alma, en tanto la completa, la complementa, como a lo Uno lo Otro. Pero esa visión sólo es posible por la mediación amorosa, por el Eros cognoscente, Eros colmado de un deseo imposible, porque es el deseo de identidad: *Que tú me viste hundir mis manos puras / en el agua serena / para alcanzar los frutos encantados / que hoy en el fondo de la fuente sueñan*. El deseo lo puede llevar hacia el anegamiento total: *Con el incendio de un amor, prendido / al turbio sueño de esperanza y miedo, yo voy hacia la mar, hacia el olvido*. Eros poético que revivió, de nuevo, en un poeta cubano del linaje de Machado, Raúl Hernández Novás; o a la fría mudez ontológica, al escalofrío de la nada, frente a la monotonía silenciosa del fluir temporal que nos apura hacia la muerte, como puede apreciarse a través de la impasibilidad huraña de la realidad: *El agua brota y brota en la marmórea taza. / En todo el aire en sombra no más que el agua suena; o cuando expresa, más explícitamente: Dice la monotonía / del agua clara al caer: / un día es como otro día; / hoy es lo mismo que ayer*. Pero Machado va más lejos aún cuando es poseído por el Eros cognoscente, el Eros mediador.

17

Se hace imprescindible citar la estrofa arquetípica de esta comunión poética, la estrofa inmortal de San Juan de la Cruz, ejemplo, según María Zambrano, de la “perfecta objetividad del amor”, “y de la poesía”, y añade, “religión del verbo encarnado”:¹²

*¡Oh cristalina fuente
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!*

Dice Machado:

*no es ya mi grave enigma este semblante
que en el íntimo espejo se recrea,
sino el misterio de tu voz amante
Descúbreme tu rostro, que yo Vea
fijos en mí tus ojos de diamante*

o también

*Gracias, Petenera mía:
en tus ojos me he perdido
era lo que yo quería*

No en balde le hace decir Machado a su heterónimo Abel Martín, que de los versos que encabezan *Los complementarios* (*Mis ojos en el espejo / son ojos ciegos que miran los ojos con que los veo*) “sacó más tarde [...] toda su metafísica”.¹³ Y explica también, esta vez a través de Mairena, estos otros versos: *Dijo Dios: brote la nada. Y alzó la mano derecha — hasta ocultar su mirada— Y quedó la nada hecha*, “Así simboliza Mairena —comenta Machado siguiendo a Martín—, la creación divina, por un acto negativo de la divinidad, por un voluntario regar del gran ojo, que todo lo ve, al verse a sí mismo”.¹⁴ Y es precisamente su “maestro”, Abel Martín, quien expresa la máxima contradicción del pensar poético machadiano,

como que está inspirada en una contradicción de amor. Quien había escrito tantos argumentos sobre la esencial heterogeneidad del ser, quien se había opuesto al principio de identidad filosófico, al acercarse la muerte, se angustia: *Aquella noche fría / supo Martín de soledad; pensaba / que Dios no le veía, / y en su mudo desierto caminaba / ¿El que todo lo ve no le miraba?* Y concluye así el poema: *Ciego, pidió la luz que no veía / Luego llevó, sereno, / el limpio vaso, hasta su boca fría, / de pura sombra —¡oh, pura sombra!— lleno.* Pero es que Abel Martín ya había escrito estos versos insólitos dentro de su pensamiento —entiéndase, dentro de todo el pensamiento poético machadiano:

*Si un grano del pensar arder pudiera,
no en el amante, en el amor; sería
la más honda verdad lo que se viera
y el espejo de amor se quebraría*

Esto es, se acabaría la mediación amorosa, se volvería inexistente la amada y triunfaría el conocimiento, así como fracasaría el amor, “O mejor dicho —dice Machado— es el conocimiento el premio del amor. Pero el amor como tal no encuentra objeto; dicho líricamente: la amada es imposible”.¹⁵ Llega así Machado a afirmar —acaso a pesar suyo— el cielo platónico de las ideas, profunda apetencia del poeta ya expresada antes así: *Y tú Señor, por quien todos vemos y que ves las almas / dinos si todos un día / hemos de verte la cara*

18

Ese “grano del pensar”, según María Zambrano, para verificarse en el Amor, no en el amante, tendría que ser “un grano del pensar enteramente divino”.¹⁶ Pero ante este misterio último de la metafísica poética de Antonio Machado, dejemos hablar a María Zambrano —quien dedicara todo un ensayo solamente a propósito de aquellos cuatro versos que calificamos como *insólitos* dentro de la poesía machadiana. Dice la pensadora andaluza al concluir su ensayo:

Y del pensar divino, poético en el hombre, es donde viene como posible el rescate. Ha de suceder algo extraordinario, casi impensable, para que la conjunción pensamiento-visión, sentido de la visión y del amor conjuntamente, vida, pues, se verifique. Y es el amor, el lugar donde únicamente puede darse. Aire tiene de plegaria, y de tímida y ardiente plegaría recóndita: *Si un grano del pensar arder pudiera, / no en el amante, en el Amor.* Se rompería el encanto del espejo y sería *la más honda verdad lo que se viera.* Se vería de verdad. Y de verdad

se amaría. Sería vida de verdad, nos decimos. Y el amor no temblaría. Haría arder y ardería inextinguiblemente.¹⁷

19 de junio de 1997

Notas

- ¹ Conferencia leída en la Sala Lezama Lima del Gran Teatro de La Habana como parte del ciclo “La Edad de Plata de las Letras Españolas”, organizado por el Centro Cultural de España en Cuba.
- ² María Zambrano. “Un pensador (Apuntes)”. En: *Anthropos. Suplementos*. Barcelona, marzo-abril, 1987.
- ³ Todos los juicios de A.M. provienen de sus prólogos a distintas ediciones de sus poemarios, recogidos en sus *Poesías completas*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1975, y de su *Juan de Mairena*. I y II. Edición de Antonio Fernández Ferrer. Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 1986.
- ⁴ María Zambrano. *Ob. cit.*
- ⁵ Todas las citas de poemas y versos provienen de sus *Poesías completas*. Ed. cit.
- ⁶ Consúltese: Joaquín Verdú de Gregorio. *Antonio Machado: Soledad, infancia y sueño*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- ⁷ María Zambrano. “La Cuba secreta”. En: *La Cuba secreta y otros ensayos*. Edición e introducción de Jorge Luis Arcos. Madrid, Ediciones Endymion, 1996.
- ⁸ Cintio Vitier. *Poética*. La Habana, 1961.
- ⁹ María Zambrano. *Filosofía y Poesía* (primera edición) Morelia, 1939.
- ¹⁰ José Lezama Lima. “Juan Clemente Zenea”. *La cantidad hechizada*. La Habana UNEAC, Colección Contemporáneos, 1971.
- ¹¹ José Lezama Lima. “Grave de Antonio Machado”. *Nueva Revista Cubana*. La Habana. a.1, (II), 1959.
- ¹² María Zambrano. “Un pensador (Apuntes)”. En: *Anthropos*. Ed. cit.
- ¹³ Cit. por M.Z. en “Un pensador (Apuntes)”. *Ob. cit.*
- ¹⁴ *Idem.*
- ¹⁵ *Idem.*
- ¹⁶ *Idem.*
- ¹⁷ *Idem.*